

El oficio del humanista. Retrocesos y progresos¹

The Trade of the Humanist. Setbacks and Progress

José Augusto Cardoso Bernardes

Universidade de Coimbra

Centro de Literatura Portuguesa

augusto@ci.uc.pt

Fecha de recepción del artículo: 31-07-17

Fecha de aceptación del artículo: 27-11-17

Resumen

Frente a las adversidades del momento presente, los humanistas (profesores e investigadores del Área de Humanidades) se refugian, en ocasiones, en la evocación de una *edad dorada*. La verdad, sin embargo, es que no es posible identificar una época en la que los conocimientos humanistas hayan florecido alguna vez sin desconfianza y sin un escrutinio severo. Aun admitiendo que la legitimación "externa" constituye un importante desafío en cualquier época, entendemos que las energías no deben agotarse en la *guerra de culturas* que, al menos desde hace siglo y medio, viene enfrentando las Humanidades a otras áreas de saber.

No puede olvidarse, sobre todo, que todos los campos del conocimiento necesitan de un auto examen regular y valiente, con el fin de corregir excesos y de adecuarse a las necesidades de los nuevos tiempos.

La reflexión que estamos considerando pretende exactamente contribuir con esa auto evaluación, de modo que el *retroceso* que, en ocasiones, se defiende en las ciencias humanas pueda también traducirse en un *progreso* efectivo.

¹  FCT
Fundação para a Ciência e a Tecnologia

Este texto es financiado por fondos nacionales a través de la FCT – Fundação para a Ciência e a Tecnologia en el ámbito del proyecto UID/ELT/00759/2013.

Traducido al español por Malén Álvarez Franco, doctora europea por la Universidad de Extremadura.

Palabras clave: Humanidades – guerra de culturas – auto-examen – progreso

Abstract

Due to the adversities of the present, the humanists (teachers and researchers from the Humanities ‘area) seek refuge in the illusion of a golden age. The truth is, though, that it is not possible to identify one era in which the humanistic has flourished without distrust nor severe scrutiny. Although admitting that the “external” legitimation is an important challenge to any area, we understand that we mustn’t run out of energy during the *war of cultures* that has been putting the Humanities against the other areas of knowledge for at least one and a half centuries. We cannot forget that all the domains of knowledge need a regular and brave self-assessment in order to correct the excesses and suit the needs of the new times. This reflection is aimed precisely to contribute to this selfassessment, so that the return that sometimes defends the humanities can also transform into effective progress.

Keywords: Humanities – culture war – knowledge – selfassessment – progress

1. El síndrome de la catástrofe

Aunque se hable de *crisis de las Humanidades* desde hace muchas décadas, es solamente en los últimos tiempos (en los últimos quince años tal vez) en los que el asunto está siendo abordado como si se tratase de una *catástrofe*, como si la alerta hubiese estado subiendo de tono y de tonalidad cromática hasta alcanzar el color rojo propio de situaciones irreversibles. Frente a esta deriva reciente es importante proponer algunas cuestiones. Está justificado preguntarse, desde luego, hasta qué punto estaremos ante un diagnóstico justificado o si, por el contrario, se trata de una visión desenfocada, dictada por cualquier tipo de sobresalto corporativo. Sea cual sea el enfoque del análisis parece no haber dudas sobre que las dos corrientes se combinan.

Comencemos por las señales de la crisis. Hay que reconocer que esas señales son claras, haciéndose sentir en varios niveles. Se hacen notar desde luego en los *currícula* de enseñanza secundaria, donde el criterio de la *aplicación útil* viene obligando a la comprensión de los contenidos considerados *inútiles* o *superfluos*. Así se explica el menosprecio que en la mayoría de los países europeos vienen sufriendo materias como la literatura, la historia, la filosofía o las artes. Directa o

indirectamente, es esa la justificación que surge cada vez que se opera una reestructuración de los programas: si no es posible encontrar una utilidad inmediata y fácilmente reconocible para los saberes humanísticos ¿por qué motivo se ha de insistir en su estudio?

Pero no se trata solo de atender al criterio de *utilidad*. Más allá de ese factor, la presencia de las Humanidades en los programas escolares está siendo afectada por un condicionante político, cuyo efecto se revela aún más difícil de contrariar. Se trata de la idea de que, en sí mismas, las materias humanísticas son *elitistas* y perjudican el designio de la inclusión democrática. Esto significa admitir, en la práctica, que si un joven socialmente desfavorecido no cultiva hábitos de lectura en el ambiente familiar, obligarlo a leer en la Escuela equivale a poner de manifiesto y a insistir en su inferioridad en relación a sus compañeros que vienen de medios más favorecidos. En estos términos, la solución encontrada ha sido la de reducir, lo máximo posible, el contacto de los alumnos con el libro, tomado como símbolo de cultura elitista o anacrónica. Me refiero, en particular, a los libros llamados “difíciles” que tratan materias filosóficas, históricas o literarias. La reducción va, sin embargo, todavía más lejos. En realidad todo se ha hecho para reducir el contacto de los alumnos con el *libro* en general, en tanto en cuanto objeto dotado de una determinada materialidad, que contiene un conocimiento regulado y validado, cuya comprensión requiere un esfuerzo asistido y disciplinado. Existen varias maneras de concretar este alejamiento. El primero de todos es, quizás, el más sutil e, incluso así, el menos perjudicial. En vez de libros variados y plurales “se impone” un solo libro (el manual), que contiene todo lo que el alumno necesita conocer: los propios textos, pero también, las ilustraciones y los comentarios explicativos. Suprimiendo o dispensando la necesidad de recurrir a otros libros, el manual puede transmitir de hecho, una sensación de totalidad como si equivaliera a una *biblioteca perfecta*.

El proceso de extrañeza del alumno en relación al libro puede seguir vías todavía más directas. El libro impreso puede ser sustituido no por un libro de otra naturaleza sino por un vehículo digital, ligado a la red. A través de ese vehículo (una *tablet*, por norma) se accede a una cantidad de información infinita. Frente a una multitud de información diversa y, sobre todo no verificada, el alumno puede crearse la ilusión de que no necesita emprender ningún tipo de búsqueda y, sobre todo, que queda dispensado de escoger. Los *datos* se sitúan a la distancia de un simple “clic”, volviéndose innecesario cualquier tipo de reflexión.

Por el contrario, se alcanza la información de forma puntual, rápida y errática. De este modo se disuelve la idea convencional de libro *recomendado y escogido*, y se pierde la idea de que es *útil* y necesario leer (y releer) de forma pausada y concentrada.

En cuanto a lo que viene aconteciendo en este nivel de enseñanza, algunas voces (minoritarias) han acabado señalando que, más que un aprovechamiento sano y correcto de la democratización educativa a través de las nuevas tecnologías, estamos asistiendo a una verdadera capitulación de la Escuela reproduciendo el proceso de entorpecimiento mental que viene afectando a las nuevas generaciones. El blanco es amplio: la depreciación de los saberes humanísticos que se guardan preferentemente en libros, pero también cualquier otro tipo de saber que no se reduzca a la información preformatada.

Si este es el panorama general que prevalece en la enseñanza secundaria, al pasar a la Universidad no nos encontramos una situación más favorable. Se podría pensar lo contrario, ya que, a ojos de muchos, la enseñanza superior pasa todavía por ser una reserva del espíritu crítico, de la curiosidad productiva y de la innovación consecuente.

Pero también ahí se notan signos de debilidad. De hecho, después de un periodo en el que la enseñanza de las Artes (haciendo equivaler este concepto al lugar disciplinar de las humanidades) era considerada como preparación para poder asistir a cualquier otro curso, sobrevino un proceso de especialización gradual de las tradicionales disciplinas del *trivium* (Gramática, Retórica y Dialéctica).

Esta misma dinámica disociadora sucedió un poco por toda Europa (e inmediatamente después en América del norte), entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX.

En un primer momento esta fragmentación parecía beneficiosa². Basta recordar que fue ella quien estuvo en el origen de la creación de las Facultades de Letras y Artes, que así ganaron, por primera vez, un espacio paritario en el claustro de la Universidad.

Pero no tardaría mucho el que se cayera en la exageración. Efectivamente, una vez constituidas, también estas nuevas escuelas acabarían abandonando gradualmente su vocación transversal pasando a organizar su oferta formativa, no ya en función de una lógica liberal sino en función de las salidas profesionales. En este marco cobró

² Para una visión panorámica de la categorización académica del conocimiento véase el segundo volumen del libro de Peter Burke, citado en la Bibliografía.

particular importancia la formación de profesores, como base de justificación social de las Facultades de Letras, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XX.

A semejanza de lo que acontecía en otras Facultades, también las de Letras acabarían siendo estructuradas en base a Secciones o Departamentos. Y si en una primera fase las áreas estaban lejos de ser compartimentos estancos, acabarían cerrándose luego, de forma progresiva, en lo que respecta a la enseñanza y a la investigación. Importando de otras áreas el principio de que el avance del conocimiento y la credibilidad de cada campo dependerían del mayor grado posible de especialización, las Facultades de Letras se fueron volviendo víctimas (quizá poco conscientes) de un proceso de desunión. Los contactos entre los profesores de los distintos Departamentos, que, al principio, eran relativamente estrechos, se fueron volviendo poco articulados y cada vez más escasos. Cada uno pasó a enseñar *sus* asignaturas, en *su* sección, y a organizar *sus* propias actividades de investigación.

Como no podía ser de otro modo, el proceso tuvo repercusiones en el saber construido por los alumnos. Se volvió prácticamente imposible, por ejemplo, que, a lo largo de su carrera, el estudiante pudiera moverse en el interior de la Universidad o, incluso, en el interior de su propia Facultad. Lo más normal era que el departamento le fijase el elenco de asignaturas necesarias para la obtención del Grado.

Y si esto sucede en el plano formativo, lo que sucede en el ámbito de la investigación no es sustancialmente diferente. Primero a través de los trabajos individuales que conducían a la obtención de títulos académicos, y más tarde (a partir de los años ochenta del siglo pasado) bajo la forma de grupos de investigación, los trabajos producidos en el ámbito de las Humanidades se caracterizan, en general, por un elevado grado de especialización. Son pocos los proyectos que escapan a esta marca y son pocos los Congresos que surgen basándose en una cooperación multidisciplinar. Bastante reveladora a este respecto es, sobre todo, la singularidad de las iniciativas sectoriales que suscitan el interés de los alumnos y profesores de otras áreas.

Lejos de poder considerarse fortuita, esta circunstancia debería merecer una reflexión cuidada y abierta. Puede admitirse como natural que un evento científico, de cualquier especialidad clínica, se limite a congregar a los médicos que trabajan e investigan en esa área. Ya es menos normal, sin embargo, que un congreso de filosofía sea solo

solicitado por filósofos cuando no, incluso, por especialistas de una determinada subespecialidad o por aquellos que, dentro de esa área de saber adoptan una orientación estricta.

Como veremos más adelante, el problema tanto puede residir en la falta de curiosidad de aquellos que se encierran en su zona de interés como puede resultar de la orientación, ya por sí circunscrita, de quien promueve ciertas iniciativas. En la práctica, esas iniciativas se vuelven inaccesibles a los no especialistas tanto en términos de importancia, como en términos del discurso.

Entre los muchos ejemplos que se podrían invocar para ilustrar esta cerrazón recurro a un caso reciente, ocurrido en mi Universidad. En el ámbito de las conmemoraciones del Año Internacional de la Luz, el Instituto de Investigación Interdisciplinar (que aúna los distintos centros de investigación de la universidad) tomó la iniciativa de organizar un congreso en torno a ese mismo tópico. La idea parecía excelente, los apoyos logísticos fueron conseguidos y todo parecía encaminarse a un fructífero intercambio de opiniones y contribuciones entre filósofos, literatos, arquitectos, físicos, economistas, médicos, ingenieros etc.

Además, pocos fueron los colegas (de Coimbra y de otras universidades) que dejaron de aceptar la invitación de los organizadores para acudir a hablar del tema a partir de su área de investigación, lo que posibilitó la reunión de un elenco de conferenciantes de garantizada cualificación. El congreso fue escalonado en tres días (del 1 al 3 de octubre de 2015) y fue dividido en función de las diferentes secciones temáticas procurando que a la conferencia de un filósofo en torno a la idea de la luz, siguiese regularmente otra impartida por un físico o un geólogo, por ejemplo.

Las conferencias tuvieron lugar según lo previsto, el deseado encuentro de perspectivas, sin embargo, no llegó a producirse. De hecho, el público, que estaba esencialmente compuesto por miembros de la comunidad académica, se turnaba en función de las especialidades relevantes. Esto significa que fueron pocos (muy pocos) aquellos que, habiendo participado en una sesión de una determinada área, mostraron interés por la vertiente disciplinar que seguía en el programa, suspendiendo su curiosidad en cuanto su *especialista* acababa de intervenir. Excusado queda el recordar que la falta de interés se hizo notar de forma indiscriminada tanto por parte del público afecto

a las Artes y a las Letras, como por parte de los participantes de cualquier otro sector del conocimiento.

2. Humanistas resignados y humanistas combativos

Frente a las señales negativas que vienen aumentando, los humanistas no reaccionan todos de la misma forma. Algunos se limitan a expresar desencanto, refugiándose en una actitud de dolorosa melancolía. De acuerdo o no con esa actitud, tenemos que reconocerles ese derecho. En general, se trata de colegas que ya hicieron mucho por las disciplinas en las que trabajan, y que se entregaron mucho a sus alumnos y a su institución. Lo más natural es que sientan los cambios en curso como una especie de desmoronamiento que no tienen fuerzas para sostener. Pero no todos adoptan una actitud tan pasiva o de renuncia. Entre los humanistas convictos también están aquellos que, independientemente de la generación a la que pertenecen, consiguen mantenerse *inconformistas*. Comparten con los primeros el disgusto por el desdén de que son objeto las Humanidades, pero se distinguen de ellos por la *esperanza* (virtud preciosa en cualquier circunstancia y en cualquier ámbito de la vida). Uno de los fundamentos de esa esperanza reside en su propia capacidad de persuasión, arte en el que los humanistas tienen la obligación de estar especialmente entrenados. Los humanistas más inconformistas exponen argumentos, ya sea a través de artículos puntuales o regulares, publicados en periódicos y revistas, ya sea a través de la intervención en redes sociales o en la blogosfera. Otras veces conceden entrevistas de balances, largas y profundas o se deciden por la publicación de memorias, como si se sintiesen investidos de la responsabilidad de dar un testimonio que sirva de base para un rescate.³ En general se trata de narrativas de apogeo y de pérdida. En los textos que publican, los humanistas *combativos e inconformistas* de quienes vengo hablando llegan a identificar culpables externos⁴: el

³ Entre las entrevistas llegadas al público, destaco las que fueron concedidas a varios órganos de comunicación social, y después publicadas en libro, por Georges Steiner y Tzvetan Todorov.

⁴ Son innumerables las memorias de humanistas que inciden en su trayectoria académica, haciéndola coincidir con la pérdida de influencias de las Humanidades. Como mero título de ejemplo y por tocarnos más de cerca la Universidad en el espacio ibérico, véanse las que fueron publicadas por Jordi Llovet, profesor catalán de filosofía y de teoría de la literatura. En Portugal, por la profundidad y también por la singularidad merecen destacarse los textos publicados por Aguiar y Silva (algunos de ellos de naturaleza autobiográfica) en el volumen citado. Más recientemente, María Vitalina Leal de Matos

economicismo que no reconoce la “rentabilidad” especial de las Letras, o la actitud de los poderes públicos que, reproduciendo la sensibilidad mayoritaria, relega los saberes que analizamos a la periferia del currículo. Así ocurrió primero con las lenguas y las culturas clásicas, y así ha venido ocurriendo, desde los años 60 del siglo pasado, con las humanidades vernáculas en general.

En la identificación de los culpables hay, además, quien va más lejos. Algunos llevan su desconfianza hasta el punto de señalar la existencia de una *mano oculta*, determinada a sofocar el espíritu crítico y la consciencia democrática que en él se asienta. En el modo de entender de estos colegas más “desconfiados” los objetivos que mueven esa *energía escondida* no dejan margen a la duda. De hecho, aunque sea necesario para el buen funcionamiento de comunidades políticamente soberanas, el espíritu crítico, ligado al aprendizaje de los contenidos humanísticos, se revelaría incómodo para la comunidad global de consumidores en que nos hemos acabado transformando. A fin de cuentas, de un modo u otro, las Humanidades guardan memoria de una base ética y cultural que puede fácilmente entrar en conflicto con la idea de *lucro* y de *placer* fácil y continuo. De ahí puede resultar la animosidad que les dirigen, algunos sectores políticos y económicos, de un modo deliberado y constante⁵.

Pero no termina aquí la incomodidad que las Humanidades pueden causar al ideal del *homo oeconomicus*⁶. Hay quien establece cierta relación inconveniente entre el mundo de la cultura y cierto aristocratismo displicente que censura y desprecia la necesidad de una regulación económica o incluso burocrática-administrativa. La imagen del investigador exclusivamente centrado en el objeto de investigación (que puede corresponder a una vasta mesa repleta de papeles desorganizados, o a un archivo poblado de carpetas con documentos que aun nadie compulsó) se encuentra todavía demasiado implantada.

publicó también sus memorias que, más allá de un componente personal, contienen también una importante dimensión intelectual y académica.

⁵ Después de, en una primera fase, la animosidad a la que me refiero poder ser identificada como teniendo origen en una visión pragmática y neoliberal del mundo, hoy se verifica que ella se encuentra diseminada, surgiendo también bajo formas tan diversas como el menosprecio del patrimonio, la descalificación de la creatividad y la Palabra.

⁶ En el conjunto extenso de los que han venido abogando por la necesidad de que las Humanidades se asuman (en la Vida y en la Escuela) como contrapunto de las tendencias economicistas que prevalecen en nuestro tiempo, se destaca la filóloga, jurista y filósofa americana Martha Nussbaun. A este respecto su obra más programática e incisiva es, sin duda, la que se titula *Not for profit. Why Democracy needs Humanities?* (2010)

Ahora bien, en un tiempo donde la idea de eficacia, y la aversión al desperdicio hacen valer su fuerza, el enaltecimiento de un dominio de investigación y enseñanza que resiste a plazos, a normas, o a evaluaciones cuantitativas, se vuelve de muy difícil aceptación⁷.

Independientemente de la reacción concreta que asumen durante la crisis, los humanistas pueden todavía diferenciarse en dos subgrupos: los pesimistas y los optimistas. Siendo bien cierto que el contingente de los primeros es más numeroso, es importante no olvidar el pequeño conjunto de los segundos. Incluso porque, superando sentimientos de disgusto, de ellos pueden llegar las contribuciones más eficaces para lidiar con la situación. No se trata de eludir los hechos. Cuando se habla de rechazar el pesimismo extremo lo único de lo que se trata es de matizar el *pánico de la barbarie*.

¿De qué puede alimentarse el optimismo de estos colegas? Para ellos, más serenos o menos radicales en las palabras y en los actos, comienza a ser importante invocar la perspectiva histórica. Y no son pequeños los efectos que resultan de la adopción de esta perspectiva. Mirando a la Historia queda claro, desde luego, que el sentimiento de crisis es más antiguo de lo que se piensa⁸. La lección que resulta del conocimiento de la evolución de las humanidades en tanto en cuanto campo de conocimiento reconocible como tal posee, de hecho, el don de desmentir dos mitos: el de que, durante siglos, las Letras fueron aceptadas, enaltecidas y apreciadas sin reservas, y el de que, en sí mismas, Letras (y Artes) se constituyen como fuente de progreso moral.

⁷ Todos sabemos que el escenario aquí invocado posee una gran parcela caricaturesca. Aun así, incluso sabiendo que hoy son ya muy raros los humanistas que corresponden a este perfil de comportamiento, no puede esconderse que las humanidades continúan refractarias al modelo de rentabilidad cronometrada que prevalece en las ciencias naturales. A ese propósito, diríamos, falta instituir un debate para, tanto como sea posible, demarcar lo que resulta de una actitud de incumplimiento relajado y lo que deviene de la propia naturaleza de la investigación humanística, siempre subordinada a un último e inesperado descubrimiento factual o a la incorporación de una perspectiva transformadora.

⁸ Uno de los primeros indicadores sólidos de alarma suscitado por el fenómeno es, sin duda, el volumen colectivo titulado *Crisis in the Humanities* (J.H. Plumb, Editor) que habiendo sido publicado en 1964 inmediatamente fue traducido a varias lenguas. Contando con artículos que inciden sobre diferentes áreas de las Humanidades, la relectura del volumen no deja de suscitar una sensación de extraña actualidad, casi haciendo olvidar las décadas que, mientras tanto, transcurrieron.

En portugués, la obra más centrada en este aspecto (reuniendo un conjunto de estudios de temática variada), fue escrita y publicada por Víctor Manuel Aguiar y Silva en 2010, constituyéndose inmediatamente en referencia obligatoria

Ahora bien, con excepción de periodos muy cortos y de encuadramientos geográficos muy delimitados, la historia de los saberes y de la correlación que entre ellos estuvo vigente en la Escuela y en la Sociedad está lejos de confirmar el predominio pacífico y duradero de los saberes humanísticos. La Historia comprueba igualmente la inexistencia de una correlación directa y constante entre saber humanístico y artístico, y progreso moral, tanto en el plano individual como en el plano colectivo.

Acosados por la desconfianza de sus pares en la Universidad, los humanistas nunca se sintieron completamente tranquilos. Al contrario: raros fueron los periodos en que no tuvieron que autojustificarse, recurriendo a un conjunto de argumentos capaz de demostrar la valía de sus disciplinas. Lo que hoy viene sucediendo no es, pues, radicalmente nuevo. La diferencia reside, por lo tanto, quizá, solo en el hecho de que esta necesidad ocurre con mayor frecuencia.

De hecho, los humanistas de nuestros días se ven, hoy, obligados a abandonar el recato que tanto valoran, para dar testimonio público de la importancia y de la pertinencia de su labor.

Para corresponder a esa necesidad, organizan entonces Congresos y publican libros extensos en donde colaboran no solo investigadores de diferentes áreas o subcampos humanísticos, sino, también, figuras públicas de otras áreas (en particular de ciencias exactas). El objetivo central es siempre el de confirmar la idea de que, al contrario de lo que se piensa, las Humanidades se revisten de un interés que traspasa su propio campo.

Habiendo comenzado por ser ocasional, esta actividad se volvió regular y sistemática. Bien puede decirse que poco a poco, se viene configurando un nuevo campo de estudios, que toma las Humanidades no ya como dominio de investigaciones en sí mismo (comparable a tantos otros) sino como foco de atención autónomo, implicando la idea de "crisis". Se constituye de este modo una especie de epistemología específica, centrada en el estudio de la naturaleza de los saberes humanísticos, en su historia, en su inserción institucional y, en la última década, también en su actitud frente a las nuevas tecnologías⁹.

⁹ De hecho, quien hoy quiera escribir sobre la crisis de las Humanidades, dispone de un impresionante caudal bibliográfico, que viene aumentando cada día. No falta incluso quien viene dedicando la parte más importante de sus energías ya no tanto a cultivar una especialidad humanística (Historia, Filología Filosofía), sino a pronunciarse sobre las causas y los efectos de la Crisis de las Humanidades en general. Lejos de poder

Decididos a dar testimonios de su militancia, los humanistas inquietos de los que vengo hablando se ofrecen para dirimir asuntos en los *fora* en donde todo se decide. Me refiero, desde luego, a los órganos que acogen el debate sobre la oferta formativa. Pienso concretamente en los Consejos Científicos de las Facultades y en los Senados universitarios, donde se establecen los modelos de articulación entre las diferentes disciplinas humanísticas, y donde se decide también el lugar de las humanidades en los *currícula* de enseñanza superior en general. Se trata de debates muy difíciles puesto que nadie acepta el ver disminuidos los campos del saber que cultiva y a los cuales, en muchos de los casos, entregó lo mejor de sus energías. En general, la posición de los humanistas se revela bastante frágil. Incluso así, es bueno recordar que el resultado de los debates no está siendo igual en todas partes. Como es sabido, las discusiones en torno al currículo que se vienen emprendiendo en algunas universidades americanas y europeas, desde el inicio de la segunda mitad del siglo XX, las humanidades vienen consiguiendo mantener y hasta, incluso, reforzar, posiciones no tanto en el ámbito restringido de las Facultades de Letras o Artes sino en el *campus*, en general, con el reconocimiento de la importancia con que se revisten determinadas valencias para la formación de cualquier estudiante, particularmente, de aquellos que optan por los ámbitos técnico-científicos. En la Europa del sur, sin embargo (y desde luego en Portugal) el asunto tarda en ser reconocido en toda su agudeza y alcance. Las preguntas que importa hacer se encuentran identificadas y ya fueron objeto de debate en otros lugares. Recuerdo solo algunas:

- ¿Puede o debe un alumno universitario de Ciencias, a lo largo de su carrera, asistir a asignaturas de Historia, Filosofía, Literatura o Arte?
- ¿Hasta qué punto puede o debe un investigador de Humanidades preocuparse con el encuadramiento general de su saber?
- ¿Puede o debe concentrarse exclusivamente en su espacio de investigación, apartándose de los debates doctrinarios y metodológicos que envuelven la investigación científica en su todo?¹⁰

considerarse un fenómeno fútil o de interés reducido, dicha crisis no deja de ofrecer motivos, de mucho interés, para áreas como la historia de la educación, por ejemplo.

¹⁰ Me refiero al libro titulado *The Values of the Humanities* que tuve la oportunidad de reseñar para *Biblos. Revista de la facultad de Letras de Coimbra*. En un intento de volverlos visibles para todos (y no solo para los que ven las Humanidades con simpatía), la autora alude a cinco factores que, a su entender, justifican la importancia de este campo de saber, como área de Enseñanza y de Investigación: el ejercicio de la interpretación y de la subjetividad; la importancia económica creciente de los bienes culturales; la contribución

3. Las Adversidades

Al mismo tiempo que se asumen los argumentos de defensa, se asientan las causas que han venido favoreciendo la descalificación de las Humanidades. Entre los muchos factores que son aducidos con ese propósito se suele reconocer la primacía de los siguientes:

3.1. desacralización de los saberes humanísticos, antes muy vinculados a la idea de Estado-Nación que parece ser, por sí mismo, un concepto en crisis.

3.2. sobrevaloración del presente y descalificación del pasado.

3.3. “soluciones” tecnológicas y menosprecio de la investigación perseverante, centrada en fuentes primarias.

3.4. depreciación general de la *palabra ponderada y fundamentada*, que perdió espacio tanto en la Escuela como en la vida civil.

3.5. pérdida de los hábitos de reflexión autónoma, sustituida, en buena parte, por el pensamiento construido e impuesto por la información publicada, muchas veces sin firma de autor ni filtro de edición.

3.6. desconfianza en relación a la subjetividad y culto a los hechos, y a la estadística.

En conjunto o de modo parcelado, estos factores son muchas veces esgrimidos como causas mayores de la actual crisis de las Humanidades. Y, de hecho, no puede refutarse su importancia individual y global. El único matiz que puede invocarse viene del hecho de estar ante coordenadas de tipo muy diferente. Si algunos se sitúan prácticamente fuera de nuestro ámbito de intervención, otros dependen todavía de nosotros. No identificar esa diferencia equivale a admitir un fatalismo anticrítico que puede, también él, considerarse fuertemente antihumanista.

del saber humanístico para la felicidad personal y colectiva; su papel para el mantenimiento y profundización de la civilización democrática (v.g. el papel del Filósofo); el valor intrínseco del conocimiento humanístico.

Cada uno de estos cinco argumentos tiene su propio recorrido y su fuerza específica. El primero, por ejemplo, tiene un potencial de delimitación bien fuerte. Otros, no obstante, se revelan con menos peso. El segundo, por ejemplo, es bien más reciente y puede ser visto como el reverso de los argumentos que las propias Humanidades usaron en épocas anteriores, cuando rechazaban toda, y cualquier lógica económica.

4. La (re) acción

Avalando lo que se ha venido diciendo y escribiendo por la mayoría de los humanistas, se verifica que el campo reacciona sobre todo fuera de sí mismo (como si los enemigos estuvieran todos fuera de su círculo) despreciando el margen de cambio interno que realmente existe.

Ahora bien, a pesar de reconocerse la importancia de las adversidades externas que están siendo percibidas, es evidente que hay ventajas en otra actitud más centrada en una reacción serena. Me parece, desde luego, que los partidarios de las humanidades (pienso en el universo de los profesores universitarios al cual pertenezco) deberían, tal vez, consumir un poco más de tiempo autoexaminándose, asumiendo omisiones y excesos.

Hablo, bien lo sé, de una reconversión que no será fácil. Por otro lado, en la medida en que abogo su aplicación solo a los humanistas, puede incluso considerarse que se trata de una reconversión forzada e injusta. El argumento más sólido que puedo invocar para justificar mi posición se resume, de hecho, en que más que en otras áreas de conocimiento (las ciencias sociales, las ciencias de la naturaleza o incluso las artes) las humanidades están hoy enfrentadas a la necesidad de autojustificarse. Necesitan, por tanto, ganar un espíritu corporativo que no poseen, entrelazándose entre sí hasta donde sea posible, reencontrando el diálogo solidario que está, al final, en su génesis y en su naturaleza.

4.1. Desdramatizar

La tarea prioritaria consiste quizá en desdramatizar la situación. Sea cual sea su alcance y sean cuales sean sus efectos, la crisis de las humanidades no puede ser confundida con un cataclismo natural. Se trata de un fenómeno que se verifica a escala mundial, con fuertes repercusiones en el sistema educativo e, incluso, de forma menos visible, también en el plano cívico.

Conviene, realmente, insistir en este punto: la crisis de las humanidades existe, pero no se encuentra fuera de control. La insistencia en este aspecto se vuelve sobre todo necesaria para evitar actitudes extremas. El marco en el que se desarrollan las conferencias y coloquios convocados para discutir la crisis de las Humanidades está muchas veces marcado por un sentimiento de emergencia y de tensión, casi como si estuviésemos lidiando con enemigos ciegos y destructivos

o, todavía peor, como si nos enfrentásemos a un seísmo de gran magnitud, contra el cual no existe ningún tipo de defensa.

Salvo mejor opinión estoy persuadido de que este clima de conflicto o desesperación puede ser confundido con una pura reacción corporativa. Bastaría con reforzar el conocimiento de la historia del campo humanístico para concluir que no somos los primeros humanistas enfrentados a climas hostiles. Al contrario, son conocidas las adversidades contra las que se debatieron los humanistas a lo largo de los siglos¹¹ Lo que la historia evidencia es que el estudio de las letras humanas nunca dejó de vivir bajo el signo de la sospecha, por lo menos desde el siglo XV, cuando se constituyeron como campo autónomo, separándose del estudio de las letras divinas, consumando aquella que es, quizá, la más importante revolución mental operada en Occidente hasta nuestros días. La existencia de mecenas protectores (algunos papas, y algunos príncipes, desde luego) no debe hacernos olvidar el desdén con que los humanistas fueron considerados por otros, incluyendo otros papas y otros príncipes. Incluso la institucionalización escolar de las humanidades, que se cimentó en Europa a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, no se hizo sin oposición, sátira y reservas de varios tipos. Y si nos acordamos del impacto cívico y político ejercido por los intelectuales en las sociedades democráticas, no podemos olvidar otros tiempos y otros lugares en donde los cultores de las Letras eran regularmente acusados de irrelevantes y diletantes.

4.2. La lógica del cambio

Una segunda forma de reacción consiste en intentar comprender la lógica de los cambios en curso. A ese nivel es necesario, desde luego, distinguir entre lo que son alteraciones de circunstancias y alteraciones de esencia. Invoco solo dos ejemplos inversos: la revolución tecnológica y el menor uso de la memoria y del pensamiento crítico en los sistemas educativos.

En sí misma, la tecnología no es enemiga de las Humanidades. Al contrario, cualquier análisis demuestra que la tecnología digital

¹¹ Son muchas las obras que, sobre todo desde la década de los ochenta del siglo pasado, pretenden restablecer la historia de las Humanidades como campo de saber. Por regla general, el recorrido trazado se ciñe al occidente europeo y hace coincidir el término *a quo* con los orígenes del Renacimiento. Hace pocos años surgió una obra diferente que extiende el ámbito de investigación más allá del espacio europeo (considerando también las civilizaciones orientales Oriente) y remontándose hasta la Antigüedad, me refiero al notable estudio de Rens Bod, llegado al público en 2013, titulado *A New History of the Humanities, The Search For Principles and Patterns From Antiquity To The Present*.

constituye una herramienta preciosa para el avance de la investigación en la generalidad de los dominios humanísticos desde la Filología hasta la Historia o a la Filosofía. De hecho, superada una primera fase de desconfianza, muy potenciada por la vieja sospecha de los letrados en relación a todo lo que dependa de matemáticos e ingenieros, es hoy muy difícil encontrar un humanista que no trabaje con herramientas digitales, sirviéndose de ellas, no para sustituir lo esencial de su esfuerzo crítico, sino para explorar nuevos focos de investigación, o para acelerar, ampliar y validar los resultados obtenidos. Es en ese sentido como, en sí mismas, las llamadas *humanidades digitales* deben ser vistas, como una mejoría sustancial y prometedora de las condiciones de trabajo de cualquier investigador que lidie con información. Lejos quedan los tiempos en los que los investigadores de archivos se lamentaban de no poder fotografiar los documentos con los que trabajaban, estando muchas veces obligados a copiarlos íntegramente, consumiendo un tiempo y una energía preciosos, además de incurrir fácilmente en errores de diferentes tipos.

No sucede lo mismo con el segundo factor que apunté, de hecho el menor uso de la memoria y del pensamiento crítico constituyen, sin duda alguna, un poderoso inductor de descalificación de los saberes humanísticos. Ya sea en la Enseñanza Secundaria, ya sea en la Universidad son realmente muchas las señales que apuntan en el sentido de esa descalificación. A los humanistas toca concentrar sus esfuerzos en el combate de esas tendencias nefastas¹².

4.3. Las Humanidades y otros saberes

En la misma línea, se vuelve necesario llamar la atención sobre el lugar que corresponde a las Humanidades en el concierto de los saberes, teniendo la paciencia y la capacidad de subrayar su utilidad propia en los planos individual y colectivo.

Para cumplir ese objetivo el humanista necesita, desde luego, abrirse a la comprensión de otras culturas (ciencias sociales, y ciencias exactas)¹³. Es necesario, incluso, evitar la arrogancia y la caricatura en

¹² Entre las voces que vienen pregonando la necesidad de integrar las facilidades tecnológicas en la búsqueda intelectual, superando la ilusión de que este se verá en breve sustituido por los torrentes de información disponibles en red destaco la obra densa, bien escrita y ricamente fundamentada, de la autoría de Ignacio Domingo Bager, profesor de la Universidad de Zaragoza.

¹³ La oposición entre las cultura de las Letras y de las Ciencias dio origen a un interesante, pero polémico, libro del físico C. S. Snow. Más recientemente Jerome Kagan revisó el

relación con quien no sabe Latín, no leyó la *Divina comedia* o permanece insensible cuando oye hablar de la revolución operada por la *Crítica de la razón pura* en la historia del pensamiento. Como bien sabemos, algunos humanistas caen en la tentación de pensar que solo su saber produce civilidad, y que su ausencia equivale a las tinieblas.

Existen áreas del saber con las que la cercanía es natural. Me refiero, en primer lugar, al propio ámbito de las Humanidades, ya que es frecuente que un historiador deje de interesarse por la filosofía y un filósofo se refugie en sus libros especializados, menospreciando el conocimiento que viene de la literatura, por ejemplo.

Incluso sabiendo que la Universidad es, por definición, un espacio altamente competitivo, donde la especialización exagerada corroe la curiosidad genuina y constructiva, es, al menos, necesario que en ella se cultive la buena vecindad, fundada en el respeto real y en el interés mutuo. Se trata, no solo de un precepto de sociabilidad académico, sino de una práctica altamente rentable. Como es bien sabido, la aproximación a otros campos constituye el móvil más seguro para ampliar y consolidar lo que vamos conociendo.

Podría decirse que el elenco de preceptos que acabo de añadir sirve indistintamente para cualquier área del saber. Creo, sin embargo, que se aplica a las humanidades con pertenencia añadida. Respetar y admirar los otros saberes (en prejuicio de cierto precepto “aristocrático” de raíz eventualmente teológica) o ejercer el sentido de autocritica y de apertura es lo que se espera de un humanista, ya sea un filólogo, un historiador o un estudioso de filosofía.

En este breve requisitorio, además, importa referir dos problemas que afectan a las Humanidades fragilizándolas a ojos externos. Me refiero a la pertinencia del saber que se investiga y se enseña, y a los procedimientos de cotejo de ese mismo saber.

4.4. Lo relativo pertinente a la investigación y a la enseñanza.

En la mayoría de las ciencias exactas, y también de las ciencias sociales lo relativo al saber que se alcanza y se construye resulta, sobre todo, de su aplicabilidad. Independientemente de algunas perversiones que de aquí pueden suceder, es sabido que los organismos financiadores protegen, sobre todo, los proyectos que directa o indirectamente benefician a un mayor número de personas. Es así en la

tema, con nuevas bases cubriendo el espectro más actualizado de los saberes universitarios.

Medicina, desde luego, pero también en la botánica, en la ingeniería hídrica o en la sociología.

Cuando examinamos el mismo problema en el ámbito de las Humanidades, sin embargo, los criterios se presentan bastante diferentes. No puede esperarse, de hecho, que la agenda de investigación o los programas de las asignaturas en una Facultad de Letras estén subordinados a intereses inmediatos o mayoritarios. Pero es necesario no caer en el extremo opuesto. Pienso concretamente en lo aleatorio, algunas veces, de algunos títulos e índices de algunas tesis de doctorado o incluso de proyectos de investigación aprobados y financiados. Las reglas demasiado drásticas que, en el pasado impedían que un estudioso de literatura se consagrara a la investigación de la obra de un autor vivo (o incluso a otro que no hubiese muerto hacía demasiado tiempo) parecen haber sido sustituidas por una pulsión relativizante y anárquica, que permite que un doctorando (de estudios Literarios, por ejemplo) escoja como tema de su tesis un autor que acaba de iniciar su carrera. De este modo mientras las tesis de doctorado de hace cincuenta años incidían sobre *corpora* documentales vastísimos, abarcando épocas o periodos de varios siglos, puede ahora ocurrir que, para obtener el mismo grado académico, el estudioso se limite a escoger no ya un periodo, ni siquiera una obra íntegra de un determinado escritor, sino solo un libro de ese mismo autor, en un proceso de restricción de campo que se aproxima a la caricatura.

En la práctica esta transformación ilustra el paso de un extremo a otro y no puede dejar de traducirse en un manifiesto descrédito. Si es aceptable que alguien sea conocido como especialista en el Renacimiento se justifica menos que alguien escoja un autor o incluso un libro de la misma época, convirtiéndose entonces en un investigador ultra especializado de ese autor o de ese libro, cerrándose al conocimiento de otros autores y de otros libros, incluso aquellos que se integran en la misma época. De este modo el trabajo que acabará desarrollando deja de interesar (o interesa solo de forma puntual) a todos los que se interesan por el Renacimiento incluyendo el Arte, la Literatura o el Pensamiento.

La verdad, mientras en algunas áreas la especialización puede ser vista como factor de calificación indispensable (así sucede con las diferentes subdominios de la Medicina, por ejemplo), no sucede lo mismo con las Humanidades. No se puede exigir a un humanista que demuestre un saber seguro y profundo en todas las disciplinas y en todas

las épocas, pero es difícil entender y aceptar en él una actitud de ensimismamiento radical.

4.5. La validación del conocimiento humanístico

Otro factor que contribuye para reducir el prestigio de las Humanidades es, sin duda, la forma en que se opera en ellas el escrutinio científico. La excesiva especialización de la que vengo hablando conduce a que sean cada vez menos aquellos que se encuentran en condiciones de pronunciarse sobre el trabajo ajeno. De aquí resulta muchas veces una debilidad en la vigilancia crítica que repercute en la revisión por pares, o en el tipo de incorporación del conocimiento publicado, ya sea a través de citas, ya sea a través de reseñas o de la realización de debates o polémicas.

Ahora bien, si -como vimos anteriormente- en un determinado momento las humanidades entraron en el claustro universitario, conquistando el respeto de saberes más antiguos y consolidados, fue porque supieron dar muestras de que no temían la comparación propia del espacio universitario. Preparar una edición crítica, dar a conocer e interpretar un documento, establecer un mapa dialectal, averiguar las causas y los efectos de eventos históricos a la luz de bases factuales puede parecer a algunos insuficiente o incluso fuera de lugar. Pero fue con estas credenciales con las que nuestros colegas de otros tiempos se impusieron en el escenario de una Universidad que entonces se pautaba por el *crivo positivista*. Hoy, que esa epistemología dejó de ser exclusiva o por lo menos predominante, es importante encontrar un lugar de prestigio, que pueda evitar la inconsistencia y la aventura interpretativa irregular¹⁴ desregulada. Es necesario que, incluso, más allá de que pueda funcionar como horizonte inspirador y fecundo para muchas otras áreas, en el plano del método, las Humanidades posean también una agenda positiva de investigación, admitiendo la idea de *progreso* y de *novedad substantiva*. Y eso debe ser patente para cualquiera de sus subdominios, desde aquellos donde las adquisiciones parecen más alcanzables, hasta aquellos donde hoy, cada vez más, parecen haberse creado la ilusión de que basta traer una *perspectiva nueva* a un

¹⁴ De hecho, el examen de la actual crisis de las Humanidades no se puede hacer al margen de las transformaciones que se fueron operando en el sistema de Enseñanza y en la Universidad en particular. Para un análisis del papel de los conocimientos humanísticos en la escena universitaria en general, y de las dificultades específicas de legitimación que estos saberes vienen sintiendo en los tiempos más recientes véase, sobre todo, el capítulo dedicado expresamente al asunto en el excelente libro de Collini, titulado *What Are Universities For?*

determinado asunto (que en ocasiones no pasa de un simple matiz) sin que se verifique un progreso real del conocimiento.

Lo ideal sería pues que al final de una tesis académica (o más aun) al final de cualquier proyecto de investigación fuese posible reconocer, con suficiente nitidez, en qué medida el trabajo producido contribuye a alterar el conocimiento que hasta entonces era dado por firme. Sabemos bien que, en algunos casos, esta respuesta no puede ser dada con la objetividad rápida e incisiva que es propia de las ciencias experimentales; incluso así, con todo, un humanista no debería apartarse de este desafío, procurando primero establecer metas ejecutables, válidas y pertinentes para su trabajo; y dando, después, cuenta de los resultados alcanzados, con la flexibilidad implicada en las materias con que lidia, pero con llaneza sustantiva y con la conciencia tranquila, de quien a costa de un esfuerzo honesto y bien orientado, hizo avanzar el conocimiento.

5. El discurso de los humanistas

Por último, en mi opinión, los humanistas tienen que preocuparse más por el discurso al que recurren. Hasta un determinado momento, las generaciones anteriores se sentían en la obligación de alimentar la comprensión de las generaciones siguientes, bien a través de lecciones y conferencias pronunciadas con claridad y consistencia, bien a través de la publicación de estudios legibles. Además, la claridad del discurso permitía la circulación del saber entre los diferentes campos humanísticos. Era entonces frecuente, por ejemplo, que un historiador fuese leído y citado por un estudioso de la Literatura y viceversa¹⁵.

A partir de un determinado momento, además, los discursos de las diferentes áreas se fueron cerrando. En algunos campos puede incluso decirse que se volvieron poco menos que impenetrables, por lo menos para quien no se mantiene actualizado en niveles de

¹⁵ Un estudioso de la Literatura portuguesa del Renacimiento, por ejemplo, no podía dejar de conocer los estudios de Joaquim de Carvalho, Silva Dias, Armando Castro, Luís de Albuquerque, Romero de Magalhães, Pedro Dias o Vitor Serrão, por citar solo algunos nombres de la universidad portuguesa. Del mismo modo que los historiadores de esa época, no podían dejar de recurrir a la investigación desarrollada en el ámbito de los estudios literarios por nombres como Hernâni Cidade, António José Saraiva, Maria de Lurdes Belchior, Jorge de Sena, Costa Pimpão, José Adriano Freitas de Carvalho, Vitor Aguiar e Silva, ou Anibal Pinto de Castro.

especialización avanzada¹⁶. Con algunas diferencias de grados, opino que así suele suceder en toda el área de las Letras. De este modo, dejó de ser fácil para alguien que trabaje en los Estudios Literarios, recomendar, con la conciencia tranquila, a un colega de historia un libro actualizado y legible sobre Camões.

En honor a la verdad, sin embargo, es importante decir que no se da lo mismo en el lado de los historiadores, que no perdieron de vista la necesidad de hacerse entender por sus colegas y por el público culto en general. Ese es seguramente uno de los *secretos* que explican algunos de los éxitos editoriales, contrariando la tendencia opuesta, que tan visiblemente se instaló en otras áreas humanísticas.

Conclusión

No adelanta nada alimentar ilusiones demasiado benévolas. Vistas en conjunto las humanidades se encuentran hoy afectadas por adversidades que no deben subestimarse. Se entiende, por eso, la tendencia a pensar que se trata de una amenaza casi mortal, sobre todo, si ese entendimiento viene de parte de quien asumió las Letras como *misión de vida* y no solo como una mera *profesión*. Esta actitud, que puede aparecer en cualquier otro ámbito, es tal vez más común en un área donde, por virtud de la naturaleza de las materias en consideración, las empatías y los entusiasmos se revelan con más intensidad. Queramos o no, una vida consagrada a los estudios literarios, históricos, filosóficos o artísticos acaba por condicionar la propia manera de encarar la vida en su todo. En esa medida, la crisis de las humanidades no se relaciona solo con el reconocimiento público o con la estabilidad institucional de los profesionales involucrados. La supresión de una determinada asignatura en el currículo o la no continuidad de un determinado proyecto de investigación puede implicar también estremecimientos emocionales muy fuertes. No es fácil, sobre todo, convencer a un interlocutor de la importancia de la asignatura o del proyecto, mientras tanto, suprimidos, ya sea porque el interlocutor está, él mismo, encerrado en sus "pequeños" intereses, ya sea porque nadie se encuentra suficientemente entrenado en el arte de explicar esa misma importancia con claridad y objetividad.

En un escenario con tantas dificultades (internas y externas, emocionales e institucionales) no es fácil sugerir serenidad y frialdad de

¹⁶ Sobre los presupuestos y los efectos de la oscuridad discursiva en el mundo académico en general, se revela inevitable la lectura del notable libro del profesor Geral Graff (1989) citado en la Bibliografía.

análisis. Y, sin embargo, por mucho que queramos encontrar alternativas, no se encuentra recomendación más útil que esa. Al final, la crisis que se vive no contiene solo dimensiones negativas, abarcando igualmente, también, oportunidades que se abren y que es importante explorar. La primera de todas consiste en el autoexamen que se ofrece a todos los que investigan y enseñan en esta área del saber. En las circunstancias que se viven, debemos preguntar, a cada paso, si las humanidades estarán cumpliendo, de la mejor forma posible, su misión formativa en la Universidad y fuera de ella. Si la conclusión no fuera tranquilizadora, habría que identificar los aspectos que requieren ser ajustados. Ahora bien, en mi opinión, esos aspectos existen y son susceptibles de corrección. La vertiente más positiva que la situación actual nos ofrece, sin embargo, resulta de la posibilidad (o de la urgencia) de que procedamos a un análisis del papel que las Humanidades pueden y deben desempeñar en la sociedad y en la escuela de nuestro tiempo. El debate toca aspectos muy diversos.

Entre el vasto elenco que podría considerarse destaque, para concluir, solo dos. El primero concierne a la presencia de los saberes humanísticos en la oferta curricular de las universidades y puede analizarse de esta forma: ¿debe continuar prevaleciendo el modelo especializado que persiste en la Facultades más tradicionales o debe optarse por la ampliación de los saberes humanísticos en el *campus*¹⁷? El segundo aspecto se relaciona con la presencia de los humanistas en la esfera pública: ¿deben estos intelectuales continuar reservando la imagen que los identifica o deben intervenir, de forma más asidua, en los grandes debates públicos sobre todo cuando ellos abarcan cuestiones que son objeto directo de su estudio?

Si las humanidades aprovechan la presente crisis para pensarse, no están adoptando procedimientos nuevos. Sabemos bien que una de sus tendencias más marcadas es justamente la de pensar en sí mismas de forma continua, incorporando un sentimiento de inquietud positiva.

¹⁷ El modelo de irradiación de los saberes humanísticos a lo largo y ancho del campus no es una novedad. Hace mucho que está siendo practicado en las universidades anglosajonas. Incluso entre nosotros (en Portugal y en España) se vienen dando pasos en ese sentido. No se trata, sin embargo, de un camino fácil. Una de las mayores dificultades que se plantean en este nivel se relacionan con la necesidad de ajustar el conocimiento a públicos que, pudiendo ser curiosos, no tienen la base que encontramos, normalmente, en los alumnos de Letras. Si hablar de Camões, Cervantes, Voltaire o Goethe a alumnos de una licenciatura en Lenguas y Literaturas presenta hoy dificultades importantes, hablar de los mismos autores a alumnos de Derecho o de Economía exige un aumento de la adaptación en el discurso y en la actitud pedagógica general.

Ese es tal vez el argumento más fuerte que puede ser recordado a los pesimistas: más que en otras áreas del saber (sabemos que otras enfrentan igualmente crisis importantes), las Humanidades disponen de dos enormes ventajas: la de encontrarse familiarizadas con la propia idea de crisis, y la de disponer de instrumentos que les permiten comprender y contrariar las amenazas que de ahí resultan.

Bibliografía

- Arana (2004): Juan Arana, *El caos del conocimiento. Del árbol de las ciências a la maraña del saber*, Pamplona, Eunsa.
- Bernardes (2015), José Augusto Cardoso Bernardes, 'Recensão' a SMALL, Helen, *The Value of the Humanities in Biblos. Revista da Faculdade de Letras da Universidade de Coimbra* (Número 1, (3ª Série), pp. 425-430.
- Bod (2013): Rens Bod, *A New History of the Humanities. The Search For Principles and Patterns From Antiquity To The Present*, Oxford, Oxford University Press, 2013;
- Burke (2000): Peter Burke, *Historia social del conocimiento. De Guttenberg a Diderot*, Barcelona, Paidós Iberica.
- Burke (2012): Peter Burke, *Historia social del conocimiento. De la Enciclopedia a Wikipedia*, Barcelona, Paidós.
- Collini (2012): Stefan Collini, "The Character of Humanities", in *What Are Universities For?*, London, Penguin Books, pp. 61-85.
- Citton (2010): Yves Citton, *L'avenir des humanités. Économie de la connaissance ou cultures de l'interprétation*, Paris, La Découverte.
- Domingo Baguer (2013): Ignacio Domingo Baguer, *Para qué han servido los libros*, Saragoza, Prensa de la Universidad de Saragoza.
- Gtaff (2004): Gerald Gtaff, *Clueless in Academe. How Schooling obscures the Life of the Mind*, Yale, Yale University Press.
- Jay (2014): Paul Jay, *The Humanities "Crisis" and the Future of Literary Studies*, New York, Palgrave Macmillan.
- Llovet (2011): Jordi Llovet, *Adios a la Universidad. El eclipse de las Humanidades*, Barcelona, Galaxia Guttenberg.
- Kagan (2009): Jerome Kagan, *Natural Sciences, Social Sciences and The Humanities in the 21 st Century*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Matos (2016): Maria Vitalina Leal de Matos, *Secretário. Memórias*, Lisboa, Booksbuilders.

- Nussbaum (2010): Martha Nussbaum, *Not For Profit. Why Democracy Needs Humanities*, Princeton, Princeton University Press.
- Plumb, J. H. (Ed.), *The Crisis in the Humanities*, London, Penguin Books, 1964;
- Silva (2010): Vítor Manuel de Aguiar e Silva, *As Humanidades, Os estudos culturais, o ensino da literatura e a política de língua*, Coimbra, Livraria Almedina.
- Small (2013): Helen Small, *The Vaule of the Humanities*, Oxford, Oxford University Press.
- Snow (1959): Charles P. Snow, *The Two Cultures and the Scientific Revolution*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Steiner, Georges, *Un long samedi. Entretiens*, Paris, Flammarion, 2014;
- Todorov (2006): Tzvetan Todorov, *Devoirs et délices. Une vie de passeur. Entretiens avec Catherine Portevin*, Paris, Seuil.